

Campeón de campeones

Jorge López Páez

Un juego de tenis puede ser el pretexto ideal para contar una historia. Con humor y desenfado Jorge López Páez explora en este cuento la desmesura de la envidia humana y la fragilidad de sus desafíos.

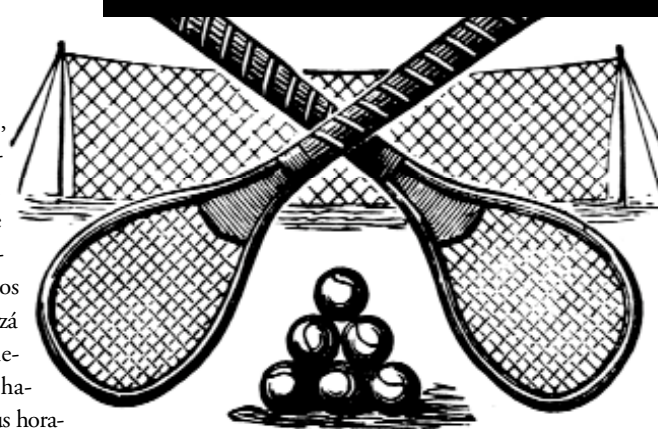


Me costó trabajo y varias noches de insomnio para encontrar el departamento adecuado, esto es cerca de un club de tenis, sin pretensiones, lo que quiere decir cuotas bajas y pocos compromisos sociales gravosos para el bolsillo. Mucho contribuyó mi amigo Armando Godínez. Rastreó no una sino varias colonias aledañas al club. Yo, al regresar del extranjero, no tuve que buscar, sino aquilatar las opciones y decidir cuál departamento me convenía más. Ahora al recordarlo, ya murió, aumenta mi estimación por él y lamento su deceso.

Fueron muchas mis emociones en los primeros días de mi ingreso en el club. La acogida cordial de algunos de sus miembros, con los cuales todavía tengo lazos de amistad. Nadie trató de esnobearme (*sic.*), todos fueron gene-

rosos conmigo. En esta parte tengo que aclarar algo: yo iba en las tardes, porque mi trabajo no me permitía hacerlo en las mañanas, salvo una que otra escapada. Me gustaba tanto la compañía de mis amigos, que aun en los días festivos o los fines de semana, en que hubiera podido asistir en las mañanas lo hacía en el turno de la tarde.

Un suceso, más bien un nombre se me quedó en la memoria, me parece que nunca se me va a borrar. Roberto Villavicencio y Horcasitas, de esta forma me enteré: mientras esperaba que compusieran un desperfecto en los baños, vi en un pizarrón el anuncio que ese señor había ganado un torneo en Centroamérica, y de que pronto en uno de los aparadores de la entrada del club exhibirían la valiosa copa al regreso del vencedor.



Cuando tenía algún compromiso oficial en las tardes, lo que me ocasionaría el que no pudiera asistir a jugar, aunque sólo fuera un partido, todavía no funcionaba el alumbrado en las canchas, me levantaba temprano y si alguien estaba disponible jugaba un *set*, el caso era no perder la forma. Pues bien, días después que vi el anuncio jubiloso, al llegar temprano al club observé los restos de —como si se hubiera conmemorado una fiesta patriótica—: gorros, espantabrujas, confeti, cáscaras de cacahuates y mil desperdicios más. A Ramiro, uno de los entrenadores y mío en particular, le pregunté la causa de tanto desperdicio.

—Celebraron ayer en la tarde la llegada del señor Roberto Villavicencio y Horcasitas. ¿Ya vio usted la copa: está bajo tres llaves?

—¿Cómo iba a verla, si tenía cuidado de no pisar una cáscara de plátano!

—Venga usted, le voy a enseñar algo.

Dio por sentado que lo iba a obedecer y así ocurrió. Llegamos al bar que por la hora estaba cerrado. Entonces me enteré de que Ramiro tenía acceso a todas las áreas del club, sacó un ramajo de llaves y lo abrió. Una bocanada de diversos olores desagradables me hizo hacerme a un lado, él, en cambio, entró decidido como si tuviera prisa. Prendió la luz. Me acerqué cauteloso. El desorden era igual que en la parte de abajo, lo que no me impresionó.

—¿Ya vio usted? —me preguntó Ramiro.

Debo de haber alzado los hombros o haber puesto un gesto que significaba lo mismo, porque insistió Ramiro:

—¿Ya se fijó usted? Vea esas mesitas que están en círculo.

Sobre éstas había botellas de champaña, también en el piso y encima de la barra del bar. Afirmé:

—Ha de ser como una caja.

—Tal vez más. Así es de espléndido el señor Villavicencio y Horcasitas. Pero salgamos de acá. Huelo a orines, a tabaco. Y yo estoy sin desayunar.

No supe más, un socio que yo conocía de vista, me invitó a que peloteáramos y acepté jubiloso.

Vicisitudes de mi trabajo: viajes al extranjero y una estadía en Europa de algunos meses en una universidad y luego mi retorno al país, no merecen ni siquiera citarse en este relato. El caso es que me tuve que cambiar al turno de la mañana. Para ese entonces gozaba de buena fama como jugador, lo atestiguaban los diversos trofeos conquistados aquí, en Acapulco y en otras ciudades del interior de la República. Olvidaba mencionar algunos que obtuve en varias capitales del centro de Europa. Desde antes de que me fuera continué viendo los anuncios de la estrella del club: El señor Roberto Villavicencio y Horcasitas, ganador de éste y aquel torneo, sin prestar atención a las copas obtenidas por él, “guardadas con tres llaves”, en las vitrinas del corredor del club.

Arriba mencioné mi cambio, más bien mi decisión de jugar en las mañanas. Me encontré con algunos compañeros y amigos que, quizá por razones semejantes, también habían cambiado sus horarios, similares al mío, y por supuesto a socios que por sus posiciones económicas o por estar jubilados, eran habituales en las mañanas y conocidos en los torneos. Y ahora que menciono a éstos, me voy a referir a uno, del que se empezó a hablar antes de que saliera la convocatoria. Era, por supuesto para veteranos de todos los clubes de la Ciudad de México, y de varios Estados, se jugaría en diversos clubes y ciudades de la provincia. Esta justa tenía una particularidad: el tiempo que iba a tomar: un poco más de tres meses, solamente en el club.

Como es bien sabido para los tenistas, además del torneo se organizan otros juegos. En uno de éstos informales en que participé me di cuenta que entre los espectadores había un señor alto, muy bien vestido, el que a veces se sentaba en una banca aparte para observar el desarrollo del juego. Al finalizar uno de éstos aceptéirme a tomar una copa de tequila al bar, claro que después de que me bañase. Ahí encontré al señor, estaba con mis amigos. Me extendió la mano y sólo escuché Tito. Este señor me pagó la copa y también la de los otros miembros del club.

Por lo que sucedió después es necesario que aclare mi política en cuanto a invitaciones, la de rechazar a los que no eran mis amigos. Todos presenciábamos el séquito de un político renombrado, miembro del club, quien al llegar al bar, pedía, en ocasiones, que él se haría cargo de todas las cuentas y de este modo obtenía la pleitesía de toda la concurrencia, tal vez en el futuro sus votos en las elecciones para la presidencia del club, porque si la hubiera optado fácilmente la habría obtenido. A mí, como otros, no me gustaba que nos confundieran con los seguidores del político.

La actitud de Tito fue enteramente distinta, ya consciente de nuestra conducta, además era selectivo, pedía permiso para ofrecer una copa, o bien si se mencionaba alguna golosina, él aducía que era conocedor del mejor lugar donde la preparaban y para sorpresa de los compañeros al día siguiente llegaba con ella y éramos invitados a gustarla.

Los acaeceres en el desarrollo del torneo no vale la pena enumerarlos. Para mí lo único que contaba era no ser eliminado, no tenía ningún problema en asistir a los



Faltaba un juego y si triunfaba sería el campeón regional y de ahí, si la suerte me favorecía, iría a los finales.

juegos en el Distrito Federal, otra cosa lo fue ir a Chihuahua o a otra ciudad lejana, donde era necesario ausentarse cuando menos dos o tres días. Yo hice circo y maroma para lograrlo, sin embargo para Tito era fácil ir a esos, para mí, remotos sitios. Recuerdo en particular la explicación, al parecer casual que hizo, en el club de tenis de la última ciudad que mencioné. Él había tenido que ir a Ciudad Juárez, entonces se le dio la oportunidad de disfrutar del torneo en Chihuahua al fin y al cabo era una escala en su viaje. Esto que voy a narrar podría calificarse de estratagema. Ocurrió en el Club Alemán, que está rumbo a Tlalpan, me parece que cercano a Tepepan o en medio Tepepan. Cuando terminó el juego, por supuesto yo fui vencedor, al regresar de los vestidores, unos compañeros y yo vimos que Tito estaba a la entrada del bar, con los brazos extendidos. Nos impidió el paso, con dramático gesto: tenía los brazos extendidos apoyándose en las jambas de la puerta.

—Muchachos, en vez de tomarse esta cerveza o la b ebida que sea, vamos a hacerlo en mi casa, está muy cerca, no son ni siquiera cinco minutos en automóvil. Así tendré el gusto de agasajar a los que no conocen mi casa y los que ya lo hicieron volver a tenerlos como huéspedes.

No era casa, sino casón, por el rumbo de San Jerónimo, al frente un amplio jardín muy bien cuidado. Todo era grande. No pasamos a la sala, para ser preciso a una de las salas, sino a un largo y sobrio salón que a mí sólo me es posible compararlo con El Salón del Sexenio, de la residencia del ex presidente Luis Echeverría. La que se puede calificar de suntuosa, pues a la que me refiero no era menos, y había caído en manos de artero decorador, entre otras cosas porque los trofeos, que eran muchos, tenían un pedestal de plástico de variadas alturas y formaban un conjunto espectacular. Palabra, créamelo, me quedé parado por un instante en la puerta, no pude aquilatar más mi asombro, porque frente a mí tuve un mesero, *ça va sans dire*, que con almidonada filipina planchada a la perfección, me dijo:

—No la veo aquí.

—¿Se refiere a la champaña? No la traigo en la charola para que no se caliente.

Mientras tanto los compañeros, como si estuvieran en un museo examinaban los trofeos. El mesero en cuestión de segundos regresó con una flauta de fino cristal.

—Es Kristal, señor. Mi patrón el señor Villavicencio y Horcasitas lo espera a la entrada de la cava.

—¿Dijo usted el señor Villavicencio y Horcasitas?

—Si don Roberto, algunos le dicen Tito, por eso del *Robertito* —subrayó las dos últimas sílabas.

Para ocultar mi turbación le pregunté por el sitio donde estaba la cava. Tito estaba al pie de la palaciega escalera. Al verme se adelantó a abrir una puerta cercana. La escalera de madera de anchos escalones, que no parecía el descenso a una cava, sino a otro salón, para mí extravagante, para un sitio que se supone oscuro. Tal vez así lo tenían, pero en esa ocasión todo estaba iluminado *a giorno*, como para apantallar, en cuanto a mí lo lograron, o lo consiguió el señor Villavicencio y Horcasitas, quien me mostró sus tesoros: los mejores vinos franceses en sus buenos años, algunos extraordinarios, a veces de tres cifras, que de pronto ve uno como raros en los buenos restaurantes de Nueva York y de París. Me acerqué a ver una etiqueta de un Château Laffite, inalcanzable. Nos tomamos nuestro tiempo. Al salir Roberto Villavicencio y Horcasitas le ordenó a su mayordomo que podía indicarles a sus invitados que la comida estaba servida. Algunos al acercarse a nosotros expresaron su sorpresa y le pidieron permiso al dueño para hablar por teléfono y cancelar compromisos. La comida fue de un súper rico que quiere que sepan que es súper rico. No hay espacio para que mencione el menú.

En tres mis amigos-compañeros del club estaban cuatro eran los mejores jugadores de mi rango: Rico Ruizcano, Enrique Diosdado, Carlos Mendizábal, y el temido, por sarcástico, de Feliciano Rodríguez. No mencioné que todos ellos se vinieron en mi automóvil del Club Alemán a la casa del señor Villavicencio y Horcasitas. Como yo servía de chofer me cuidé de tomar sin ser des-

cortés, ellos venían achispados, por lo tanto armaron alegre bochinche. Creí oír que Feliciano Rodríguez se refería a alguien como el consentido del señor Villavicencio y Horcasitas, no pude prestarle bien atención. Ellos, todos estaban conscientes de que se les habían pasado las copas y propusieron tomarse un café en el club; alguien de ellos hacía hincapié de que no sería un *Irish coffee*, no supe si cumplieron su palabra.

Apenas tomé camino me autoreproché por varias cosas: por haber aceptado la invitación, sabía las cuchufletas que iba a sufrir de Feliciano Rodríguez, pero tenía un reconcomio porque no me hubiera dado cuenta de que Tito era el señor Villavicencio y Horcasitas, nadie en el club, si lo expresaba lo iba a creer. También se me vino a la cabeza la súbita aparición, casi al mismo tiempo que apareció la convocatoria en el club, del importante torneo. Ya expresé antes que lo único importante para mí era que no fuera eliminado, porque, ¿por qué no decirlo?, tenía posibilidades de ganarlo. Faltaba un juego y si triunfaba sería el campeón regional y de ahí si la suerte me favorecía iría a los finales.

Nito el portero, parado como si esperara a alguien, se acercó. La puerta eléctrica no funcionaba bien, podía dejarle el automóvil mientras la arreglaban pero en ese instante decidí preguntarle por su nombre, no me fuera a pasar más tarde lo sucedido con el señor Villavicencio y Horcasitas, distraído le di las llaves. Con presteza volvió con mi maleta con mis bártulos tenísticos y los colocó a la entrada de la puerta del edificio. Al darle las gracias le pregunté por su nombre completo:

—Juan Ramírez Alcocer, nadie me dice Juan, ni Juanito, siempre Nito.

Mi reconcomio no me dejó dormir bien, algo indefinido me molestaba, cuando por fin pude dormir olvidé poner mi despertador, por un lado fue bueno pues amanecí como para jugar bien, pero por el otro, iba a ser difícil que media hora más tarde, o sea después del mediodía, no habría nadie con quien jugar, ni cancha disponible.

Eché con desgano mi maleta en la cajuela de mi automóvil y la cerré con más impulso del debido, lo que me hizo consciente de mi malestar. Al abrirla frente al club para sacar mi maleta vi un bulto, pestañee como si no viera bien: era una caja del Château Laffite, de la misma cosecha que había visto en la casa del señor Villavicencio y Horcasitas. Entonces me di cuenta que tenía medio cuerpo dentro de la cajuela. Me golpeé ligeramente la cabeza al retirarme para cerrarla, sin embargo no la azoté, sino que lo hice con sumo cuidado y casi temblando me volví en todas direcciones, como si estuviera cometiendo un delito.

Para serenarme recorrí, no sé cuántas veces, una manzana aledaña al club. Reconstruí el crimen. Yo le había dado mis llaves a un mozo para que estacionara mi

automóvil en la casa de Tito Villavicencio y Horcasitas, él mismo me las entregó cuando salimos, por lo tanto tuvo suficiente tiempo para realizar la maniobra. Imaginé la escena si uno de ellos hubiera dejado su raqueta, era obvio que yo le hubiera abierto la cajuela. Habría sido natural que yo hubiera hecho alguna exclamación. Yo, sorprendido *in flagrante delicto*, de sólo pensarlo me vi buscando otro club, porque no habría soportado las burlas y cuchufletas.

Logré serenarme, necesitaba algunos datos, pues a lo mejor hallaba alguno de mis amigos con quienes había estado en la casa del señor Roberto Villavicencio y Horcasitas. Indagué si había llegado el señor Tito. Con gran seguridad me respondió el encargado de la entrada del club, que había asistido sólo para entrenar, hacía mucho que se había retirado.

En las canchas no estaba ninguno de ellos. Me asomé a los baños: tampoco. Desde antes de llegar al bar creí escuchar la voz de Feliciano Rodríguez, el más gritón. Mi oído no me engañó, ahí estaban él y los otros tres. Feliciano me saludó:

—Hola consentido. ¿Te la viniste a curar con nosotros? Ésta va por mi cuenta. Es una pena no poder invitarte una botella de champaña. Hay dos inconvenientes, aquí en este bar no tienen, de haber sabido la hubiera traído, y segundo, y el más importante: no tengo dinero para hacerlo, pero lo que puedo hacer es pagarte una copa de tequila, del bueno, del Herradura blanco.



Como si se hubieran puesto de acuerdo, mis cuatro amigos estaban reunidos en la banquetta. Iban a la marisquería de la esquina. Al rehusarme mencionaron que no quería ir porque no había champaña gratis.

—Me conformaré con lo que buenamente puedas pagar —repuse. Todos se rieron. Era obvio que se referían a la champaña. Ellos que habían estado en esa mansión nunca habían recibido un trato semejante, tanto en la bebida como con el fastuoso menú.

Les extrañaba que no me hubiera invitado antes. Al aceptar otra copa, ellos no sé cuántas habrán tenido entre pecho y espalda, ya saciados de hacerme bromas, me enteré que se perfilaba como ganador del otro grupo:

—A tu amigo Tito Villavicencio y Horcasitas —señaló Enrique Diosdado— le faltaba un juego como a mí.

De repente Feliciano Rodríguez le espetó a éste último:

—¿Y tú de qué te espantas? ¿De dónde salió ese Rolex? El agredido retiró su mano de la mesa. Hubo una

carcajada general y si su turbación no lo hubiera manifestado, lo habría delatado el haberse ruborizado. Salió a colación el viaje que había disfrutado Rico Ruizcano a Las Vegas, donde el señor Villavicencio y Horcasitas le había pagado hasta las putas, que fueron tres. A Carlos Mendizábal le achacaron, me parece, un brazalete grueso de oro macizo que estaba a la vista de todos. Y finalmente hablaron del temible Feliciano Rodríguez. Ya no debía las cuotas al club.

Adujo que se lo probaran

y sentenciosamente Rico Ruizcano terminó la disputa, con un:

—Dirás lo que quieras, Feliciano Rodríguez, es probable que no podamos probar nada, pero perdiste el juego con él en el torneo de hace tres años. Niégalo.

El día que gané el torneo también tuvo “igual suerte” Tito Villavicencio y Horcasitas.

Buen cuidado puse en no encontrarme con él antes del juego definitivo. Muy temprano, casi al amanecer, acudía al club a mantenerme en forma con Torcuato, el entrenador.

El día anterior al *match* con Tito Villavicencio y Horcasitas, fui a pagar mi mensualidad, fue por distracción, siempre he sido puntual, no fuera a saberlo mi posible corruptor y la hubiera saldado. A la salida, como si se hubieran puesto de acuerdo, mis cuatro amigos estaban reunidos en la banquetta. Iban a la marisquería de la esquina. Al rehusarme mencionaron que no quería ir porque no había champaña gratis. Me gustan los mariscos y allí son excelentes, su invitación cordial, yo era un iniciado como ellos, con sus mismos defectos y en espera de que no mencionaran mi próximo *match*. Los muy cabrones no me advirtieron que en la marisquería nos aguardaba Tito Villavicencio y Horcasitas. No tuve fuerzas para hacer el intento de pagar la cuenta. Faltaban pocas horas para que vieran que no por aceptar unas copas de champaña me iba a dejar ganar.

Cerca de las ocho de la noche estaba en la clínica Londres envenenado. Nunca he creído que hubiera metido la mano el señor Villavicencio y Horcasitas y nunca convenceré a mis amigos y enemigos de que en realidad me enfermó. Lo que más me molesta es la firme creencia del señor Roberto Villavicencio y Horcasitas de que no hay persona que no se pueda corromper. Para decirlo a la mexicana: Soy, como tantos otros, un hijo de la chingada corrupto que acepta como mordidas botellas de vino carísimas. Ayer al acordarme me tomé la última. **U**

